NOVIEMBRE tiene 30 dias.

1 Mar. †† La festividad de todos los santos.
2 Miér. La Conmemoracion de los fieles difuntos y san Marciano confesor.
3 Juév. San Hilario mártir.
4 Viér. San Carlos Borromeo.
5 Sab. San Zacarías y Sta. Isabel.
6 Dom. San Leonardo confesor.
7 Lun. San Herculano obispo.
8 Mar. San Severo mártir.
Llena á los 55 minutos. de la mañana.
9 Miér. San Teodoro mártir.
10 Juev. San Andrés Avelino.
11 Viér. San Martin obispo.
12 Sab. San Diego de Alcalá.
13 Dom. San Homobono confesor.
14 Lun. San Serapio mártir.
15 Mar. San Eujenio y S. Maclovio obispos.
16 Miér. Santa Gertrudis vírgen.
Cuarto menguante á las 2 y 22 de la mañana.
17 Juev. S. Gregorio Taumaturgo ob
18 Vier. San Esiquio mártir.
19 Sab. San Ponciano papa.
20 Dom. San Félix de Valois.
21 Lun. La Presentacion de Ntra. Sra. y san Mauro obispo.
22 Mar. Santa Cecilia vírgen.
Conj. á las 6 y 43 de la tarde.
23 Mier. San Clemente papa.
24 Juev. San Juan de la Cruz.
25 Viér. Santa Catarina vírgen.
26 Sab. Los Desposorios de Señor. San José, y San Conrado obispo.
27 Dom. San Facundo mártir.
28 Lun. San Sóstenes martir.
29 Mar. San Blas y San Saturnino obispo y martir.
C crec. á las 3 y 57 de la tarde.
30 Miér. San Andrés apóstol.

DICIEMBRE tiene 31 dias.

1 Juev. San Eligio obispo.
2 Vier. Santa Bibiana vírgen.
3 Sab. San Francisco Javier.
4 Dom. Santa Bárbara vírgen.
5 Lun. San Sabás abad.
6 Mar. San Nicolás arzobispo
7 Mier. San Ambrosio arzobispo.
Llena á las 8 y 2 de la noche.
8 Juev N. La Purísima Concepcion de Maria Santísima y San Eucario obispo.
9 Vier. Santa Leocadia virgen.
10 Sab. San Melquiades papa
11 Dom. San Dámaso papa.
12 Lun. †* N. La Maravillosa Aparicion de Ntra Sra. de Guadalupé.
13 Mar. Santa Lucía vírgen.
14 Mier. San Espiridion obispo.
15 Juev. San Lucio mártir,
Cuarto menguante á las 2 y 33 de la tarde.
16 Vier. Sta. Adelaida emperatriz
17 Sab. San Lázaro papa.
18 Dom. La Espectacion de Nuestra Señora y San Ausencio obispo.
19 Lun. San Darío mártir.
20 Mar. San Julio mártir.
21 Miér. Santo Tomás obispo.
22 Juev. San Demetrio papa.
Conj. eclip. á las 5 y 42 de la mañana.
23 Vier. Santa Victoria virgen.
24 Sab. ◊ San Delfino obispo
25 Dom. †† [*Pascua*] La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.
26 Lún. San Esteven protomártir.
27 Mar. San Juan Apóstol.
28 Mier. Los Stos. Inocentes mrs. y San Eutiquio presbítero.
29 Juev. Santo Tomás Cantuariense
C. crec. á las 10 y 2 de la mañana.
30 Vier. San Sabino obispo.
31 Sáb. R. San Silvestre papa.

MARIA CARLOTA AMALIA

PRINCESA REAL DE BELGICA

Y ARCHIDUQUESA DE AUSTRIA.

Del año pasado al presente, el estado que guarda la infortunada Carlota, no ha ofrecido cambio sensible. Continúa con su razon ya entera, pero sumida en una atonía tristísima. No la persiguen los fantasmas sanguinarios que atormentaban su imaginacion; pero no ha vuelto á ser el ornato de la sociedad, y su aislamiento apena á su familia y á cuantos sin haber tenido la honra da conocerla la admiran y aman. En cerca de dos años no ha tenido arranques violentos, pero pase largas horas llorando: á su recelosa irritacion ha sucedido una mansedumbre casi infantil, y como todas las almas nobles muy probadas, se refugia con frecuencia en la oracion. Su carácter sin degenerar en ascetismo, ha tomado un mareado tinte de religiosidad, y lo mismo en las preces que eleva en su oratorio, como en las conversaciones que suele tener con las pocas personas á quienes se digna recibir, predomina el pensamiento de ir á reunirse cuanto antes con los dudos amados de su corazon en otro mundo mejor. Su melancolía es plácida, y pudiera compararse con la del niño enfermo, enteramente despegado de las cosas terrenas y aspirando solo á la patria celestial.

ESTADO ACTUAL DE LA PRINCESA.

Cuando fué trasladada de Miramar á Laecken, el médico de palacio, anciano lleno de esperiencia, que con ció niña aún á la princesa, la visitó y dió esperanzas de restablecimiento cuando todos opinaban que solo en el sepulcro terminaria la demencia. El tiempo ha venido á dar la razon al anciano doctor, y sus palabras merecen por lo mismo atenderse. Hé aquí lo que escribia á fines de Noviembre de 1868, al rey de Bélgica:

"·····Obsequiando las órdenes de V. M. visité ayer á su augusta hermana la princesa Carlota y doy cuenta por escrito para los efectos que V. M. mismo se sirvió indicarme.

"El estado de mejoria no es aparente, sino real y efectivo: la quietud que ha sucedido á la agitacion pasada, tiene todavia algo que parece fuerza y cansancio; pero en breve será un sosiego de ánimo absoluto, sin sombra de amargura. Es que, como dije á V. M. hace un año, siendo las esperanzas contrariadas el orígen de la dolencia, desde el momento en que las esperanzas murieran la dolencia desapareceria: así ha sucedido en efecto, y el retraimiento actual, el dolor solitario de vuestra augusta hermana, no es sino la manifestacion muy natural aunque tal vez un poco exagerada y larga, de las penas que la aflijen desde que tuvo conocimiento de las grandes pérdidas que la han sobrevenido. La mejor prueba de que la demencia ha huido para no volver, es que no reapareció en ella cuando le fué participada la infausta nueva de la suerte que corrió el emperador su esposo. Yo creo que ahorrando contrariedades á la princesa, su curacion está asegurada, y que el período de languidez en que hoy se encuentra, no es precursor de otros accesos, sino la postracion natural de un espíritu débil que al ser alumbrado de nuevo por la luz de la razon sufrió dolores agudos. La quietud que la misma princesa se ha impuesto, será, ayudada del tiempo, el mejor lenitivo para sus males.

"Concretándome al objeto de la consulta, opino que V. M. aconseje á su augusta familia que proporcionen á la princesa cuantas distracciones ella quiera, evitándole sin embargo el bullicio de fiestas y la agitacion de cacerías que por ahora le repugnan····"

Esta carta fué respuesta á una consulta sobre el estado que guardaba la princesa, sobre esperanzas ó temores que inspiraba su salud, y sobre si convendria sacarla de su aislamiento proporcionándole distracciones inesperadas.

En Enero de 1869 escribia el mismo doctor:

"..... Mi visita á la princesa fué mas larga. Aunque habia dado órden de no dejar entrar á nadie, porque se hallaba en su oratorio, como estas órdenes no hablan conmigo, entré á verla. Estaba orando, y al llegar yo á la puerta volvió la cabeza. Viendo que era yo, se sonrió y me hizo seña de esperar á que hubiera terminado sus oraciones. Diez minutos despues salió y nos dirigimos á su taller.

—Buenos dias, doctor, me dijo: ya veis que sigo vuestros consejos, estoy trabajando.

Y me enseñó un cuadro que representa un niño dormido.

—¿A quién se parece ese niño? me preguntó, enseñándome el cuadro original.

—A la reina Amalia, vuestra madre le respondí, porque en efecto era aquel lienzo un retrato vivo de aquella señora.

—Por eso lo estoy copiando, y voy á ponerlo en mi recámara.

—Es una obra primorosa, agregué.

Ella contempló el cuadro por un momento, y despues de breve pausa:

—¡Una madre! dijo, y un hijo.....! Doctor, ¿os hacen feliz vuestros hijos?

—¡Oh! mucho, señora.

—Teneis nietos, creo,

—En efecto, señora.

Quedóse pensativa un rato, y despues dijo:

—Estaba yo orando, cómo consuela la oracion! Con qué espresiones tan ardientes nos levanta la Iglesia hasta el trono de Dios..... allá están con él todos, todos..... y me dejaron sola..... quiero ir con ellos.....me cansa la soledad.

Este es el tema favorito de sus conversaciones: yo la escuchaba con atencion como siempre.

—Dia vendrá, señora, la dije, que os llame Dios tambien; pero antes debeis ser como siempre su ángel en la tierra.....

Al oir esto me miró.

—Ya no hago yo falta en la tierra, dijo.

—¿Cómo no, señora? se han acabado ya las necesidades? ya no hay miserias que socorrer, lágrimas que enjugar?

—Sí, si, me interrumpió precipitadamente: en el mundo se llora mucho.....mucho.....Fernando y yo hemos enjugado lágrimas en todas partes.....en México tambien....Ahora yo soy la que lloro, y por eso busco á Dios, que solo él puede consolarme.

Diciendo esto llamó tocando el boton eléctrico del timbre, y apareció una dama.

—Que me traigan las cartas de ayer.

Despues, volviéndose á mí:

—Me alegro de que hayais venido, doctor: en esas cartas hay dos llenas de lástimas, y deseo remediarlas: os las daré, ireis á ver lo que puede hacerse por esa pobre gente, y pedireis el dinero necesario al mayordomo.

Trajeron las cartas y yo respondí que sí á todo, aunque la princesa no dispone todavía con libertad de sus rentas: sin embargo, cuando manda dar cantidades que no sean muy crecidas, el administrador no pone obstáculos.

Me levanté y me dispuse á retirarme.

—¿Ya os vais, doctor? antes reparad en una cosa.....

—¿En qué, señora?

—Vamos, dijo con triste sonrisa, me estais quitando el gusto de ser dócil: me he puesto á trabajar como me habiais aconsejado, me empiezo á separar del luto que llamábais lúgubre, procuro tener buena apetencia, y nada me decís?.....

En efecto, no habia fijado yo la atencion en el traje: al encontrarla tan placentera, olvidé lo demas; pero no quise disculparme.

—¡Ah señora! dije en tono de broma; es que espero á ver si perseveraís; cuando esté acabado el cuadro y los colores sombríos del traje desaparezcan oireis mis parabienes.

Quedóse pensativa algunos momentos, y pasándose la mano por la frente, añadió:

—Sí, doctor decís bien: debo perseverar.....me siento cansada de todo, porque he sufrido mucho....y le pido á Dios que se acuerde de mí....él se acordará...Fernando, mi madre, mi padre le piden por mí....pero tambien debo acordarme de que otros padecen....yo he devuelto mas de un hijo á su madre, mas de un esposo á su esposa....allá en México....Hoy no puedo tanto, pero sí puedo dar pan al que tenga hambre y abrigo al que tenga frio.....sobre todo á los niños.... ¡Qué feliz sois, doctor, que teneis hijos! Los que viven siempre con sus padres, y con sus hijos, siempre, siempre, y mueren rodeados de ellos recibiendo sus bendiciones y dándoselas.....¡Qué felicidad!....Y yo sola.....sola.....!

Para disipar su melancolía, pregunté:

—¿No habeis recibido noticias de vuestro cuñado, señora?

—¿Del emperador de Austria? no ha mucho supe de él; creo me dijeron que iba á aliarse con el emperador de Francia.....hará mal....

Quedé callado en espera de ver cómo seguia, y solo aventuré estas palabras:

—Sí, así dicen.

—Hará mal.....Pero estas cosas no son mas que miserias y horrores. Afanes en la paz, desgracias en la guerra.....Me entristece pensar en ello.....Leia yo antes los periódicos; pero los he dejado.

Regocijado al oir estas palabras, tomé las órdenes de la princesa sobre las familias que queria fuesen socorridas y á que se referian las cartas que me entregó, y me despedí.

Me ha parecido de interes para vuestros trabajos poneros al tanto del estado en que encontré á la princesa: repito lo que á ella misma dije: si persevera, pronto tal vez sacudirá el letargo y volverá su inteligencia privilegiada á lucir como en los mejores dias. El último dato del despego con que vé la política, augura que ya pierde una de sus manías, pues antes su principal afan era leer periódicos y discurrir sobre la situacion de Europa y á veces de América.

Con este dato podeis desmentir los rumores que en los círculos de esa capital hacen correr atribuyéndoselos á los archiduques, de quienes dudo que autoricen semejantes dichos....."

Esta carta fué escrita por encargo del rey de Bélgica al procurador de la princesa Carlota en Viena, en vísperas de un consejo de la familia del emperador difunto en cuyo consejo temia dicho procurador, que se hiciesen valer en contra de la emperatriz viuda, informes falsos de que su enfermedad empeoraba y no dejaba esperanzas de alivio.

Aunque se dice antes que esta es una carta del médico de cámara del rey de Bélgica y de su familia, propiamente es una relacion por él hecha de una de sus visitas á la augusta enferma, relacion que un estenógrafo recogió. La opinion facultativa se consignó en un informe que dice en sustancia lo mismo, si bien tiene la forma grave propia de un documento de tanta importancia.

Las noticias que suelen verse en los diarios sobre el estado actual de la emperatriz Carlota, son regularmente meras suposiciones por no decir otra cosa. En ellas predomina el anhelo de presentar algo nuevo y estraordinario, y para ello se forjan cuentos en que lo inverosímil se codea con lo trágico: así suelen complacerse los aficionados á leer cosas singulares; pero no sé yo cómo es posible preferir la ficcion á la realidad, cuando no se trata de creaciones novelescas, sino de personas reales, sobre todo cuando es la persona una dama noble, hermosa y desgraciada.

RECTIFICACIONES.

Si faltan, como antes se dice, noticias nuevas de la princesa Carlota, en cambio sobran escritos acerca de ella. Las prensas no descansan, y todos los dias nos ofrecen algo, ya sea memoria de cosas pasadas, ya apreciaciones de las futuras, ya desahogos siempre violentos. Hay que pasar por cima de todo esto; pero como quiera que algunas especies se han vulgarizado mucho, es indispensable apuntar cuáles sean y acompañarlas con la rectificacion debida.

Entre otras obras recientemente publicadas, una hay que anda en manos de todos: es una novela histórica, y en ella habla el autor repetidamente del emperador y de la emperatriz. Hasta dónde sea lícito mezclar la verdad con la ficcion cuando se trata de épocas históricas, de sucesos contemporáneos que marcan en la vida de un pueblo, y de personajes que dejan la diadema de la grandeza para ceñir la aureola de la desgracia, no lo sé, porque este género que llaman novela histórica es amplio, y en tanto que no se establezca bien cuál es la línea en donde la novela empieza y la historia acabe, han de confundirse una con otra, con tristísimo resultado, particularmente si se trata de contemporáneos.

En la novela de que hablo [1] la emperatriz es presentada bajo aspectos desconocidos y enteramente novelescos. Pudiera yo poner en estracto los principales pasajes; pero el lector querrá juzgarlos él mismo, y prefiero trascribir los mas salientes.

EL PRINCIPE ITURBIDE Y SU FAMILIA.

El 13 de Octubre de 1865 derrotó el general Mendez á los generales Arteaga y Salazar, que luego fueron fusilados. En la novela citada se supone que la emperatriz á consecuencia de estas ejecuciones empezó á tener alucinaciones terríficas, que veia víctimas nadando en sangre y oia la voz de su padre difunto que le pronosticaba desgracias y le negaba un perdon que ella le pedia. Acababa de padecer una de aquellas alucinaciones el dia citado, segun el autor, y pidió luces para ahuyentar los fantasmas que la acosaban, cuando la avisaron que una dama solicitaba hablarla. La princesa respondió maquinalmente. [2]

—"Que pase.

Una jóven enlutada y en cuyo semblante se dejaban ver las señales indelebles del sufrimiento y del

---

[1] El *Cerro de las Campanas* por D. Juan A. Mateos.

[2] Obra citada, segunda parte, cap. 16, pág. 328.

dolor, penetró en el aposento y se arrodilló delante de la emperatrix derramando un mar de lágrimas.

—Señora, dijo en lengua inglesa, vos podeis devolverme el tesoro de mi vida.

—Alzad, señora; os escucho con interes: si venis á hablarme de algun prisionero sentenciado al patíbulo, contad desde luego con el perdon; lo he ofrecido y cumpliré mi promesa.

—No es al cadalso al que le disputo una víctima, es á V. M. misma.

—Descubríos, señora; dijo con altanería la emperatriz.

Alzóse la enlutada, y descorrido el espeso velo que cubria su rostro, se irguió delante de la archiduquesa.

Era la Sra. Iturbide; á quien le habian arrebatado su hijo para hacerlo príncipe imperial, condenándolo á separarse y olvidar á la que le dió el ser.

—¿Qué quereis de mí, señora? dijo Carlota á la jóven americana.

—Que me devolvais á mi hijo! he logrado escaparme del lado de mi esposo, de ese hombre sin corazon que ha vendido á su hijo por un puñado miserable de oro.

—Un consejo de familia celebrado ante el emperador, ha decidido de la suerte de ese niño.

—Es una determinacion impía; nadie tiene derecho de desgarrarme las entrañas···· perdone á mi afliccion V. M.; miradme á vuestros piés, dadme por compasion un asilo en vuestro palacio; no, es mucho; permitidme que viva en la ciudad, para ver al menos á ese hijo de mi corazon!

Carlota de Austria que no ha sido nunca madre, no comprendia la dolorosa situacion de la jòven.

—Nada puedo hacer por vos, partid á vuestra patria y dejadnos tranquilos; la suerte del príncipe está hecha en el porvenir; si el cielo me niega la sucesion; él ocupará mas tarde el trono de su abuelo el emperador.

—Es verdad; debo mucho á V. M., pero ¿por qué separarlo de mi lado? ¿por qué privarlo de mis caricias; por qué engendrar en él un sentimiento de desprecie y olvido? si él es mi sangre ¿por qué renegar de ella? esto es infame!

—Esta mujer está loca! dijo con desprecio la emperatriz, y tiró tan fuertemente de la campanilla, que la desprendió del telégrafo.

Entraron las damas y los chambelanes de la sarvidumbre.

—Llevad á esa mujer, ha perdido el juicio, haced que vuelva á su carruaje y que salga inmediatamente para su destino.

La jóven Iturbide abrazó las rodillas de la emperatriz deshaciéndose en llanto.

—¡Perdon! decia, ¡perdon! yo seré vuestra esclava, pero no me mateis; el destierro es la agonia para mi corazon; volvedme á mi hijo, permitid al menos que lo bese por la última vez

—¡Basta! dijo la emperatriz deshaciéndose de la americana que la tenia asida, ¡llevadla!

Dos chambelanes apartaron á la jóven, que cayó desmayada en el pavimento."

El acceso continuó despues de esta escena, segun el novelista; la emperatriz hondamente afectada, se dirigió á la habitacion de Maximiliano, que á la sazon pensaba en un lance de amor con una suriana, y abrió la puerta de la cámara con estrépito.

—"El acceso otra vez! esclamó Maximiliano.

—Me asesinan! ampárame!

—Ven á mi lado, nada temas!

—Esa mujer me amenaza con la muerte!

—Qué mujer? preguntó asustado el emperador, temiendo que su esposa hubiera sorprendido los amores del marido infiel,

—Me sigue, continuó la estraviada emperatriz, me pide á su hijo; devuélveselo; es una madre que que reclama á su hijo·····

—Vuelve en tí, Carlota; estás conmigo; nadie se atreverá á levantar los ojos delante de tí···· yo soy, conóceme al fin····

El acceso habia pasado; la joven princesa estuvo algunos instantes en silencio, se apartó el cabello de la frente, volvió la vista tranquila en derredor y pareció sosegarse del todo.

—He soñado cosas horribles, dijo al fin: la escitacion nerviosa que me produjo esa escena dolorosa, me ha hecho sufrir horriblemente.

—Habla, Carlota.

—La señora Iturbide se ha fugado del camino y se ha presentado de improviso en mi cámara pidiéndome á su hijo, al príncipe imperial."

En honor de la verdad, estas invenciones no son del novelista: él las recogió ignorando sin duda que en los mismos dias que fueron divulgadas, quedaron desmentidas. El mismo *Diario del Imperio* publicó el 13 de Marzo de 1865 un estenso artículo de rectificacion sobre esta y otras materias, en el que se lee lo siguiente:

"Primero se divulgó que uno de los nietos del Sr. Iturbide habia sido adoptado por S. M. Maximiliano I, como preludio de la abdicacion de la corona que el pueblo mexicano le habia ofrecido, y que pensaba retirar de sus sienes para regresar á Miramar. Infructuosa esta quimera, quedó despreciada hasta por el vulgo, y aun antes de que se propagara por sus autores, quedaba refutada por las sublimes protestas del discurso patriótico de S. M. el emperador, que pronunció el dia del aniversario de nuestra independencia. Despnos se denunció ante la opinion pública la condecoracion de los prínci

pes como un acto de violencia, como un pretesto para plagiar al niño á sus padres. Tal ha sido el tema de artículos, de folletos y de otros escritos en que se falta á la verdad y se empaña el brillo de las acciones quo mucho honran nuestra historia."

La misma Sra. de Iturbide, á quien se representa de tal manera irritada, escribió esta carta autógrafa á la emperatriz.

"Señora: "Mi hermano D. Agustin ha mandado al Sr. Castillo para entregar á S. M el emperador, unos cañoncitos que, como recuerdo de familia tendrán su valor para mi hijo cuando crezca. Acompaño mi retrato con el del niño, y permitidme, señora, decir que aun no recibo los de VV. MM. que tanto deseo tener.

"Se me habia pasado al recomendar la criada á V. M., manifestarle que tratándose de alguna responsabilidad no hay que fiar de ella, porque en tales casos no dice la verdad.

"*Habiendo puesto mi adorado hijo bajo el especial cuidado de VV. MM*, debo, señora, ofrecerle los sentimientos de mi gratitud y amistad con que tengo el honor de ser de S. M. sincera servidora.—[Firmado].—*Alicia K. de Iturbid3*.—A S M. la emperatriz Carlota.—México, Setiembre 12 de 1865."

Los sentimientos que en esta carta espresa la Sra. de Iturbide, en nada se parece á los que le atribuye la novela, prohijando las voces estrañas que circularon en los dias en que se ajustó el convenio secreto con la familia del Libertador: llegóse á decir entonces que la señora no tuvo conocimiento del convenio sino mucho despues de celebrado, y que al llegar á su noticia protestó contra él. Tan inesacto es esto como todo lo demas, pues asistió á las conferencias en Chapultepec y firmó las estipulaciones. [Véase el convenio entre los documentos].

LA ULTIMA MISION.

En el calendario del año próximo anterior se habló de los motivos que determinaron el paso verdaderamente notable que se deteeminó á dar la emperatriz Carlota, de ir personalmente á recabar de Napoleon III qué papel se reservaba en la suerte futura del imperio mexicano. En vista de los hechos cumplidos, júzgase con fundamento que el emperador de los franceses retiró todas promesas y quitó a la princesa hasta la mas remota esperanza de mantener los convenios solemnes de Miramar. Paris y México. El hecho de habérsele encomendado mision tan árdua, es prueba resplandeciente de que su razon no se habia turbado antes en México, aunque así se dice en un pasaje de la novela citado en la página 327. En efecto, nunca dió aquí la princesa indicios de alteracion de sus facultades, ni en el viaje á Yucatan. * ni en la prolongada travesía, ni en Paris mismo, ni en el tránsito por Italia, que ofreció particularidades notables [véase el parte del ministro de México entre los documentos]. Seria verdaderamente incomprensible que entre tan numerosos y diversos testigos, ni uno solo hubiera echado de ver que la princesa sufria accesos de demencia. Esta se declaró en Roma en una entrevista con el conde de Flandes, segun la novela supone Oigamos:

"El conde de Flandes esperaba á su hermana en Roma; ésta llegó por el 26 de Setiembre de 1866, él al punta fué á verla, y entabló este diálogo:

—Hermana, tú vienes de Saint-Cloud; ¿qué te ha dicho el emperador?

—Napoleon III es un miserable; se lamenta como una mujer, y tiembla ante las amenazas de Johnson y de Bismark; se declara impotente, vencido, humillado enmedio de ese pueblo que se jacta de poseer el secreto de la victoria·

—¿No obtuviste nada en las negociaciones?

—Nada. El convencimiento de que la Francia retirará su bandera del imperio mexicano.

—Esto es horrible, Carlota···· tú no debias haber fiado nunca de la palabra de un Bonaparte; á esa rama funesta de usurpadores la ha distinguido la audacia y la traicion.

—Es verdad, pero yo no desconfiaba; al saber sus planes respecto á los Estados-Unidos, Napoleon asestaba sus tiros á la Union. nosotros éramos el instrumento···· el coloso resistió el choque, y Laoconte ahogó las serpientes.

—¿Y qué hacer en esta situacion?

—Todo se reduce, dijo la archiduquesa despues de un momento de reflexion, á tener los fondos necesarios para la compra de armamento y pertrechos; que en América se levanta un ejército en veinticuatro horas, como lo han probado los republicanos cien veces.

—Vuestro tesoro está agotado.

---

* A propósito, en la novela repetidamente citada, se atribuye el viaje á Yucatan á la necesidad de distraer á la princesa para evitarle los accesos que ya padecia. Es constante que habiéndose prepuesto Maximiliano visitar con la emperatriz la península yucateca, se lo impidió una indisposicion y el viaje fué aplazado. Mas tarde volvió á anunciarse el viaje, y se hicieron en Yucatan preparativos para recibir á los principes; pero reapareció la indisposicion, estorbando otra vez á Maximiliano la ida; entonces la emperatriz determinó ir sola "por no ser justo dejar burladas las esperanzas de aquellos pueblos que esperaban la visita y se habian esforzado en los preparativos para recibirla dignamente."

—Completamente; tú sabes que la casa de Austria despues de su catástrofe, no dará un solo florin á Maximiliano.

—Tiene José II una deuda horrible comprometida en los convenios de Praga.

—Pues bien: yo tengo cinco millones de pesos de mi herencia; ellos me bastan para salir de esta situacion; despues que haya arrancado una concesion al Santo Padre, marcharé á Bruselas, recojeré esa suma y partiré para América.

—Hermana, es un sueño, una quimera tu pensamiento.

—Puedo equivocarme, pero al hundirme para siempre, lo haré con mi fortuna.

—Tú ignoras aún que en el testamento de nuestro padre se ordena á los albaceas que esa cantidad te sea entregada siempre que no sea para sostener el imperio mexicano.

—No, no puede ser.

—Hay prohibicion de que tu esposo entre en posesion de tu herencia.

—Eso es coartar mi voluntad, eso es desheredarme.

—Nuestro padre ha cuidado de tu porvenir, veia claramente el derrumbe del imperio, y quiso reservarte esa fortuna para que vivieses tranquila en Europa.

—Conde de Flandes, la herencia me será entregada de grado ó por fuerza!

—Y á qué tribunal llevarás á Leopoldo II?

—Luego mi hermano trata de poner condiciones á la hija del rey?

—Es la voluntad de nuestro padre.

—Eso no puede ser, eso es imposible, á menos que no se quieran tornar los albaceas en detentadores de mis bienes!

—Tranquilizate, Carlota.

—Todas son contrariedades, la desgracia sigue mis pasos, estoy predestinada al infortunio!

—Un momento de calma, hermana mia.

—Señor conde, os declaro que esto no puede permanecer así, estoy desesperada, mi familia me roba, los mexicanos quieren asesinarme, mi servidumbre trata de envenenarme, todos conspiran contra mí····· ¡Dios mio!·····¡Dios mio!·····

—Pero es horrible lo que dices, Carlota.

—Atras, conde de Flandes! no os conozco, yo no tengo mas que enemigos, la traicion y la muerte me rodean!

—Vuelve en tí, Carlota, decia emocionado aquel infeliz jóven.

—Yo soy la emperatriz, gritó Carlota de Austria, haceos atras! Aún tengo un ejército que me obedece; diez mil bayonetas y seis mil corceles puedo lanzar á mi acento; ¡atras!·····no, perdon! perdon!·····no me asesineis, soy una mujer!·····qué puedo haceros! débil, llorosa y en el abismo de la desgracia!

La princesa estaba trastornada; el conde de Flandes no quiso contradecirla; se limitó á cuidarla con una solicitud paternal.

Levantóse furiosa la princesa, sus ojos amenazaban escaparse de las órbitas, su cabello estaba desordenado y sus manos se crispaban con violencia.

—Leopoldo II, continuaba Carlota, figura raquítica y miserable á quien escuda la sombra de mi padre, te manchas con el crímen nefando del robo, al subir á ese trono usurpado á la honradez y la grandeza; ah! miserable, yo escupiré á tu frente la historia de Leopoldo I!·····Yo sé que en vano apelaré al pueblo belga; y permanecerá inmóvil ante la tumba del rey; creerá una profanacion el hacer justicia con su hijo!····· yo no sé quién es ese hombre coronado! no pertenece á mi familia; si fuese mi hermano me defenderia de los puñales que me amenazan!

—Carlota, Carlota, hermana mia! murmuraba el conde de Flandes.

—Todos me impulsaron á aquel país de maldicion; les inquietaba mi presencia, era necesario que yo no asistiese al lecho mortuorio de mi padre; ¡padre mio! ¡padre mio!····

La jóven emperatriz fué acometida de un vértigo terrible, y se desplomó como un sauce herido por un rayo!

Pasó la noche en medio del delirio.

A la mañana siguiente, dia 27 de Setiembre de 1866, Carlota se hizo trasladar al Vaticano, despues de obtener permiso del Santísimo Padre."

.....

La emperatriz Carlota penetró en el salon de audiencia, de Pio IX.

Saludó ceremoniosamente al Pontífice, sin besar el anillo de San Pedro.

Pio IX se inmutó ligeramente, y fingió pasar desapercibida esa falta.

—Vengo, dijo la archiduquesa, á pedir á Su Santidad resuelva esa cuestion que hace mas de un año detiene en Roma á la comision mexicana.

Abordar así una cuestion tan delicada, le pareció inusitado al Pontífice.

—V. M. comprenderá lo difícil que es en una audiencia la resolucion que se le pide á la Santa Sede.

—Es cierto, Santísimo Padre; pero nosotros debemos aquietar las conciencias, alarmadas por el clero mexicano.

Pio IX mostró estrañeza al oir un lenguage tan distinto al que la emperatriz habia usado cuando un año antes fuera á recibir la bendicion apostólica.

—El clero mexicano, dijo el Papa, está sujeto á ciertas prescripciones, y no saldrá de ellas mientras la Santa Sede no lo disponga. No es el clero el que inquieta las conciencias; son los gobernantes que han puesto la mano sobre los libros sagrados, sin notar que las ponen sobre el fuego.

—Su Santidad sabe que el gobierno republicano dió las leyes de expropiacion, y de ellas depende la paz de México.

—La Santa Sede obrará como hasta hoy en las cuestiones eclesiásticas; no permitirá jamas que los bienes de la Iglesia pasen á manos profanas: no me refiero á los intereses que nosotros despreciamos por las prescripciones del Evangelio, sino al principio que norma nuestra conducta.

—Su Santidad comprende que es un hecho consumado.

—Lo es la toma de las Romanías, y la Santa Sede no declarará válida esa expropiacion, ni ese atentado contra los derechos de la Iglesia, cuya guarda nos está confiada.

—El Santísimo Padre me permitirá le refiera lo que pasa en las regiones de América.

—El pastor de aquella Iglesia me informa de continuo, pero V. M. puede decir el juicio que se haya formado del clero mexicano.

—Su Santidad ignora que la clase que forma la clerecía de aquel país, está formada de la parte mas ignorante de la sociedad, sin escuela, sin educacion, sin moral, llena de preocupaciones y fanatismo. La anarquía la ha contagiado, y la Iglesis es el centro de las revoluciones reaccionarias. Parte muy considerable de sus caudales los ha gastado en corromper á los pueblos y escitarlos á la guerra; se ha anegado en sangre y concluido por comprometer altamente sus intereses, avanzando esa época que habia de llegar al fin de la proclamacion de la *tolerancia*, y la expropiacion de los bienes eclesiásticos.

—Ese clero, Santísimo Padre, ha desprestigiado sus instituciones, se ha perdido en la opinion del pueblo, y de los mismos fanáticos ha salido como un clamor la palabra *reforma*.

Alteróse visiblemente el semblante de Pio IX.

La emperatriz continuó con esa exaltacion propia de un fanático que juzga á una secta contraria.

—Los gobiernos liberales le han dado el golpe de gracia al clero, le han arrebatado sus armas al cargar con los tesoros acumulados desde el tiempo de la conquista. Entonce ha vuelto su mirada hácia la Santa Sede pidiéndole sus anatemas para emprender una nueva lucha, inquietando sus conciencias y desatando esas revoluciones, que en otros tiempos produjeron un San Barthelemy. Los intereses han pasado á las manos de la sociedad laica en el botin de la nacionalizacion, y se necesitan cien revoluciones para la devolucion de ese patrimonio dilapidado en los campos de la política y de los motines.

Tal es la situacion que hemos encontrado á nuestro advenimiento al trono. Hemos examinado los pasos todos de la cuestion, y la hemos enviado á Roma proponiendo una solucion que dejará satisfecho al clero y á los que han adquirido por esa ley de manos muertas.

—Su Eminencia el cardenal se ocupa de ese negocio.

—Aquel órden, continuó la emperatriz, no puede subsistir por mas tiempo; aquel clero debe desaparecer para reemplazarle por otro mas ilustrado; la reforma, Santísimo Padre, acabará por completar su obra, y nosotros tendremos que impulsarla.

—V. M. conoce lo que le cuesta al mundo esa idea; los enemigos de la Iglesia la llevan en su bandera, se combate á su sombra el catolicismo, se le quiere aniquilar, reducir á cenizas ese edificio levantado por Jesucristo y sostenido por el pueblo cristiano. Ya que no se puede negar la existencia del Divino Maestro ni borrar de la historia esas páginas santas y gloriosas de su tránsito por la tierra, ni el sacrificio de la Redencion, se van al lado vulnerable, se van en brazos de la fragilidad humana, para sacar de ella ejemplos contra las instituciones, y como si significaran algo las faltas de nosotros, séres miserables y llenos de crímenes, sujétos á una naturaleza viciosa, que se arrastra en ese camino del estravio humano; nosotros, orugas de la tierra que cruzamos entre el polvo que mas tarde es nuestra tumba; qué tenemos de comun con el poder de Dios que alcanza al universo?... Quiénes somos nosotros para poner la mano donde está el dedo de Dios?·····El delirio humano nos arroja por una senda tortuosa, oscura, en la que necesitamos la luz del cielo para ver, y la inspiracion del Hacedor para detenernos ante ese abismo que se abre á nuestras plantas!

Puede el hombre en ese albedrío concedido á sus facultades, rebelarse, desconocer la Omnipotencia, derribar los altares, alzar falsos dioses, quemar el incienso y la mirra de la profanacion, apoderarse de esos mezquinos bienes terrenales, encenegarse en esas miserias; que llegará un dia en que despierte á la luz de la justicia, y entónces doblará la frente y confesará trémulo sus delitos, buscando la absolucion en la tierra para abrirse las puertas del cielo!

—Pero yo no le hablo á S. S. de una reforma religiosa, sino puramente de disciplina.

—Así empezaron esos relapsos de Calvino y Martin Lutero.

La orgullosa protestante se sintió herida en su sentimiento religioso, y sin poderse contener se alzó de su asiento y dijo con tono concentrado:

—Martin Lutero era el hombre de la abnegacion, el verdadero apóstol de Jesucristo, el nuncio de la fé y de la verdad, el sabio reformador rebelado contra esa corrupcion del lujo del catolicismo: Lutero proscribió las imágenes y alzó en los templos solo y único, el símbolo de la Redencion!

1020002532

—Dios mio! dijo el Pontífice, estas palabras en el recinto del primado de la Iglesia católica! El sucesor de San Pedro, insultado por un labio protestante! Dios mio! Dios mio! ten compasion de los estraviados; no desates tu cólera; aplaca tu ira; retira de la frente de esta mujer el rayo sacrosanto de tu cólera; no hieras esta juventud que aún puede volver al arrepentimiento!

La emperatriz empezó á temblar horriblemente, sus ojos se desencajaron, y cediendo á un vértigo doloroso cayó trémula á los piés del Pontífice Romano.

Pio IX puso sus manos sobre aquella cabeza soberana, y levantando su faz al cielo, dijo con voz conmovida:

—Señor, aparta el estigma de esta frente donde comienzan á aparecer las sombras de la desgracia, esa amenaza de muerte de un pueblo que se siente oprimido; vuelve á esta desgraciada princesa á la senda sacrosanta del catolicismo, donde puede hallar el consuelo á las inquietudes que la devoran!

Carlota de Austria besó respetuosamente la mano de Pio IX, y despues de derramar sus lágrimas, abandonó el Vaticano, atravesando violentamente entre la guardia suiza, que le hizo los honores de su rango.

. . . . . .

Habia pasado una hora cuando se abrieron con estrépito las dos puertas del aposento de Pio IX, y entró súbitamente una mujer·····era Carlota!

Era la emperatriz Carlota, presa de los remordimientos y acosada de los terribles fantasmas de su sueño.

Pálida, desgreñada, rasgados los vestidos. la boca espumante, la mirada estraviada, las manos trémulas, los pasos inseguros····la razon perdida!·····

—Me siguen! Me asesinan! Defendedme!····La traicion me rodea!··· mirad····en esa agua purísima hay un filtro que da instantáneamente la muerte! Mis perseguidores han derramado el oro entre la servidumbre, todos me acechan, ocultan el puñal y quieren derramar mi sangre! Santísimo Padre, rogad por mí!··· rogad por mí!·····

Quedóse un momento en silencio para proseguir en su delirio.

—Entre las manos delicadas de esas mujeres está el tósigo que abre las puertas de la tumba!···· No os acerqueis!····dejadme!····dejadme!····Oid, esas campanas están tocando á muerto····son los patriotas mexicanos que suben al cadalso!····estoy manchada por las olas de este torrente que cruza por las gradas del trono! ···Mirad, entre el vapor se dibujan los horribles fantasmas!···· los asesinados piden misericordia!····No, no hay compasion, morid en el cadalso; vuestra existencia es el precio de mi exaltacion al trono mexicano!····Ya se acercan, me amenazan, Santísimo Padre, dadme vuestros conjuros, prestadme vuestros anatemas!····yo me muero!····compadecedme!···· compadecedme!·····

La desgraciada princesa cayó en el suelo sin sentido.

Pio IX ordenó se la alojase en el Vaticano, y se trasportó al Quirinal lleno de una emocion profunda.

. . . . . .

Media hora despues las campanas de San Pedro de Roma, levantaban al cielo los toques solemnes de *rogativa*, pidiendo al mundo católico con sus magestuosos clamores, que rogase por Carlota de Austria, emperatriz de México, á quien la Justicia Divina habia arrebatado el juicio para siempre!"

No se sabe que hayan sido comunicados á alguien los términos de la entrevista del Vaticano, y cuanto de ella se dice está basado en la presuncion de que la princesa se afanaba por allanar los tropiezos para la celebracion de un concordato, de los que fué el primero la imposicion de condiciones inadmisibles al nuncio monseñor Meglia: si alcanza ó no en su latitud la novela histórica hasta colmar con ficciones los huecos que dejan los hechos reales, no lo sé, y aun creo que no; pero los novelistas lo suelen intentar con éxito vario. En el pasaje anterior, último que citaré de la novela, se incurre en una inesactitud que no me esplico, y es la de aseverar que la princesa Carlota pertenece á la secta luterana. La reina Amalia, su digna madre, la educó en la religion católica que profesaba ella misma, y nadie ignora aquí que asistia á los templos, oia misa, recibia la Sagrada Eucaristía y obedecia, en fin, con ejemplar devocion los preceptos de la Santa Madre Iglesia. Al venir á México, ¿no comulgó de manos del mismo Santísimo Padre? ¿No consta quizá en el diario de la travesía de Miramar á Mexico, que los archiduques oian misa en su cámara? ¿no en todas partes asistian al Te-Deum? ¿no á las puertas ya de México, su visita preferente fué á la sagrada imágen de Nuestra Señora de Guadalupe en su santuario? Adviértase que solo cito unos cuantos hechos de los que nadie ignora aquí; pero ellos son sobrados para demostrar que la princesa es católica, pues en caso de seguir la secta protestante, ni oyera misa, ni comulgara con la hostia consagrada, ni adorara á Dios y á sus santos en los templos católicos y en su oratorio, ni habria podido ser nombrada regente del imperio, pues era condicion esencial para regirlo profesar la religion católica, ni la comision de la Asamblea de Notables habria dicho en su dictámen de 10 de Julio de 1863, hablando de Maximiliano y " Carlota, "modelos ambos esposos de piedad cristiana, *educados desde la cuna en el catolicismo*, " la pureza de sus costumbres, su celo ardiente por la religion y el constante ejercicio de la caridad " evangélica, los constituyen tipos de aquellas relevantes virtudes que no podrán menos de reflejarse " en los pueblos que gobiernen."

VUELTA A LA RAZON.

Largo tiempo ha estado oscurecida la inteligencia privilegiada de la princesa Carlota. Padecia alucinaciones dolorosas, figurándose que atentaban contra sus dias, y mientras duró la demencia, de nadie se acordaba sino de sí misma. Poco á poco mezcló con su nombre el de Maximiliano, y temió por la vida de éste como por la suya propia; desde entonces empezaron las crísis á ser menos prolongadas y le dejaban muchos momentos lúcidos, durante los cuales inquiria con afan noticias de México y de su esposo. Ya la trajedia del cerro de las Campanas era sabida en el mundo entero, menos en la cámara de Carlota en el palacio de Laeken. Pensóse en mantener viva su ilusion suponiendo correspondencia de Maximiliano; pero en breve se abandonó este arbitrio, y de acuerdo con el dictámen de facultativos, se le empezó á preparar á que recibiera la funesta noticia, fingiendo una grave enfermedad del emperador. La sospecha entró en su ánimo, y burlando la cuidadosa solicitud de quienes la rodeaban, adquirió noticias seguras de la catástrofe con todos sus pormenores. El efecto fué terrible: sobrevino una crísis violentísima que puso su existencia en peligro; solo al cabo de algunos dias se atrevieron los médicos á responder da la curacion, y ésta fué tan completa como podia esperarse. Una mansedumbre casi infantil sucedió al delirio, y desahogado su dolor, su llanto manifestó su desconsuelo en términos patéticos, pidiendo las letras de Maximiliano que al morir le habia dedicado. Prometiéronle entregárselas cuando estuviera mas repuesta; pero la contrariedad amenazaba empeorar su delicadísimo estado, se acudió á su pedido y se le presentó el papel que decia así:

"Mi querida Carlota:

"Si Dios permite que tú cures un dia y leas estas líneas, sabras cuán cruel ha sido la suerte que me ha perseguido desde tú salida para Europa. Te llevaste mi fortuna y mi alma ¡Ojalá hubiera escuchado tus palabras! Tantos acontecimientos, tantas desgracias inesperadas, han acabado de tal modo con mis esperanzas, que la muerte para mí es una redencion gloriosa y no una agonía. Moriré gloriosamente como un soldado, como un rey vencido, pero no deshonrado. Si Dios te llama para que te reunas conmigo, yo bendeciré su mano divina, que tan pesadamente ha caido sobre nosstros. Adios···· adios Tu desgraciado—*Maximiliano.*"

Tambien le fué entregada una cadena de oro que llevó Maximiliano hasta el Cerro de las Campanas, en donde se la quitó del cuello diciendo á un sacerdote que estaba á su lado: "Llevad este recuerdo á mi querida esposa, y si algun dia puede comprenderos, decidle que mis ojos se cerrarán con su imágen que me llevo al cielo." Hablando así, contemplaba Maximiliano un retrato en miniatura de Carlota, que llevaba en el reloj pendiente de aquella cadena.

Desde ese momento, una resignacion cristiana y una tierna melancolía han reemplazado á los sobresaltos que antes aquejaban á la princesa. "Gusta de la soledad, y cuando no la distraen, está entregada á sus meditaciones horas enteras. No busca compañías, pero recibe bien á los que la visitan, sobre todo á la reina Maria. Cuando suelen hallarse en Bruselas sus tios el duque d'Aumale y el príncipe de Joinville, los detiene á su lado varios dias. Al duque de Montpensier, otro de sus tios, le ha prometido ir á visitarle en Sevilla.. [1] Cuando habla de lo pasado, se detiene de preferencia en las memorias tristes y no en las placenteras, diciendo que éstas son ilusiones. Tiene en poco las grendezas del mundo, y suspira á menudo de pesar de no haber dado un hijo á Maximiliano. En el primer aniversario de la muerte de éste, la princesa viuda hizo colocar en su tumba una corona de oro fabricada por el mejor artífice de Bruselas y cuyo dibujo dió ella misma. HabiénJose pronunciado una vez delante de ella el nombre de Bazaine, se estremeció y se mostró todo el dia triste y sombría: los nombres de sus cuñados el emperador y los archiduques de Austria, el de Napoleon, el del general mexicano Almonte, le producen un efecto semejante y se evita pronunciarlos delante de ella, lo mismo que el del coronel Lopez que mandaba su escolta. Otros nombres al contrario le son simpáticos, sobre todo el de Pio IX. La música le hacia mala impresion á veces; hoy la oye siempre con gusto. Todos los dias hace un ejercicio moderado, come con apetencia regularmente, lee poco y suele tomar sus pinceles para pintar cuando no escribe; duerme bastante y pasa algun tiempo en su oratorio en las mañanas y al oscurecer. Su salud es buena; ha recobrado las carnes que iba perdiendo, y á no ser por cierto indiferentismo con que ve lo que antes le agradaba mas y la dejadez con que accede á todo sin gusto, podriase decir que la curacion es absoluta; pero le ha quedado el caimiento, si bien hay esperanzas de que desaparezca."

Sin embargo de estos pronósticos, los últimos informes directos de Bruselas hablan de una grave indisposicion sobrevenida de resultas de la muerte de un sobrino de la princesa, el duque de Brabante, y que hizo necesaria la traslacion de la enferma del palacio de Laeken al de Tervueren. Hé aquí las últimas noticias que se han publicado como fidedignas en los periódicos estranjeros y del pais:

"Segun informes que me inspiran gran confianza, porque vienen de las personas que rodean á la augusta enferma, es cierto que desde la morada de la princesa en Tervueren, la salud y la vida aparecen en sus mejillas descoloridas. Ya no permanece constantemente en la cama poseida por la fie-

[1] Esto se escribió cuando no estallaba aún la revolucion en España: hoy dia el duque de Montpensier, candidato al trono español, está fuera del reino.

bre que minaba sus fuerzas en el castillo real de Laeken. Opina uno de sus médicos, que la afeccion mental complicada con la fiebre, que se habia agravado, no puede atribuirse mas que á la viva impresion que causó en la princesa la muerte de su amadísimo sobrino el duque de Brabante. En efecto, desde la muerte del hijo de nuestro rey, la pobre alma de la enferma, tan cruelmente herida en sus sueños y en afecciones, habia vuelto á caer en el estado de postracion que la tenia siempre en la cama. El aire saludable del bonito pueblo de Tervueren, los cuidados inteligentes del Dr. Bulkens, que ha estudiado tanto la enfermedad, el cariño tan rendido á la reina, las simpáticas fisonomías de las personas que rodean á la princesa, en las que ella puede leer la adhesion, el respeto y el amor; el reposo, el tiempo que ha cicatrizado el siniestro recuerdo de la muerte de su sobrino, todo esto ha contribuido á restituir poco á poca la serenidad y la paz en su turbado espíritu. Su situacion ha llegado á ser tal, que en sus momentos lúcidos escribe las páginas de un libro sobre su reinado y sobre su marido. Su médico ha declarado que este trabajo ocuparia la imaginacion de la enferma sin perjudicar en nada su salud. En consecuencia, se le deja continuar. Esta obra incompleta, de la que se hallan terminadas unas 140 páginas, escritas á ratos perdidos, despide, segun dicho facultativo, asombrosas luces."

MIRAMAR.—SALIDA DE LA PRINCESA DE AQUEL CASTILLO.

En tanto que el emperador Maximiliano se sacrificaba heróicamente en México, y Napoleon temia de momento en momento saber que era consumado el sacrificio de su víctima, la emperatriz Carlota estaba en Miramar, aislada del todo, porque no se dejaba acercar á ella ni una amiga. Alegando el estado de su salud, la reducian á una soledad completa; nadie la veia, ni las personas mas allegadas á ella En varios escritos de fecha reciente se dice que era una verdadera prision el palacio de Miramar para la noble y desgraciada señora, y que fué necesario echar mano de arbitrios estraños para sacarla de aquella cárcel. Segun se refiere en una de tantas versiones, la menos indigna de crédito porque no amontona incidentes novelescos, á la reina de Bélgica se debió que la emperatriz Carlota pasara de Miramar á Laeken. No carece de interés la narracion, como puede verse.

Mal querian á su parienta Carlota los miembros de la familia de Lorena-Hapsburgo, y particularmente la archiduquesa Sofía, madre de Maximiliano y llamada emperatriz madre. Suponian en la familia que los consejos de Carlota habian decidido casi al archiduque á aceptar las propuestas de Napoleon, y con tal pensamiento, ya se comprende que el mal éxito se lo atribuian á ella en buena parte y le hacian cargos por él: desde que habia regresado á Europa la emperatriz, ninguno de los Lorena-Hapsburgo se habia presentado á visitarla, pretestando el estado que guardaba. Solo una vez la invitó Francisco José á pasar á Viena, y contestó que no iria. "El emperador Maximiliano mi esposo me ha ordenado que espere yo nuevas instrucciones suyas en Miramar, dijo, y me veo precisada á suplicar se me dispense si no me separo de aquí."

No insistieron los hermanos de Maximiliano, y poco despues de haber recibido aquella respuesta, tuvieron noticia de la catástrofe de Querétaro. Dia de luto fué aquel para la corte austriaca y para las ciudades que habian conocido á la jóven pareja, especialmente para Trieste; pero en Miramar no hubo el mas leve cambio; siguió al rededor suyo el aislamiento y se estrechó mas la vigilancia para que no penetrara el secreto de la desgracia.

Muerto el emperador y demente la emperatriz, se nombró en consejo de familia en Viena, un administrador de los bienes de aquel, cuyo usufructo quedaba á beneficio de ésta; pero de ninguna manera se trató de hacer cesar su incomunicacion.

Tambien en Bruselas se examinó en consejo de familia la situacion en que quedaba la emperatriz por su viudez, y se acordó traerla al palacio de Laeken. La reina de Bélgica, María Enriqueta, tan hábil y resuelta como hermosa, se encargó de ir por su hermana política, no queriendo dejar á otro la satisfaccion de sacarla de su doloroso encierro.

Fuése pues con escasa comitiva á Viena, para hablar allí de los asuntos de la familia y en particular de la emperatriz; pero se le dificultó mucho ver á Francisco José, que no sabia como recibirla, cuando habia nacido archiduquesa de Austria y se presentaba como reina de Bélgica. Sin embargo, no desistió la jóven reina, y supo manejarse con tanto tacto, que el emperador no solo habló con ella, sino que la dió una órden firmada para que penetrara en Miramar al lado de su cuñada Carlota, y la condujera á donde mejor le pareciese.

Con aquella órden en la mano volaron á Miramar la reina y su comitiva, decididos á proceder sin pérdida de tiempo, pues temian que las influencias contrarias hicieran variar de pensamiento á Francisco José. Habian visto que la corte les era hostil, y no se consideraban á salvo de intrigas.

Lo que sucedió en Miramar, no era á propósito para tranquilizar á la reina. El gobernador recibió la órden y no pudo ocultar su sorpresa. Recobróse empero y trató de ganar tiempo

—Vuestra magestad, dijo á la reina, me honra demasiado sirviéndose poner en mis propias manos la órden de su magestad el emperador; pero suplico á vuestra magestad me permita poner en conocimiento de su magestad la emperatriz Carlota su llegada, antes de introducirla yo mismo. No vacilaria un momento si la preciosa salud de la augusta señora no pidiera toda clase de precauciones .....

La reina preguntó:

—¿Vos mismo haceis las funciones de ugier, señor gobernador?

—S. M. el emperador se ha dignado honrarme encomendándome sea el único que se acerque á S. M. la emperatriz Carlota.

—Id, pues, señor gobernador: sentiria mucho hacer esperar demasiado á mi cuñada.

Fuése el gobernador, y consultó con la condesa K * * * puesta tambien al lado de la emperatriz Carlota, lo que convendria hacer.

—Negar la entrevista, contestó la condesa.

—¡Es la reina!

—Quien nos manda es el emperador.

—Trae una órden de su mano.

—Veámosla.

—Es inútil: lo que puedo deciros es que la órden es terminante.

—Siendo así, que entre, pero ella sola; pero antes anunciaremos la visita..... no olvideis decir á la reina que el médico tiene prevenido que las visitas sean cortas.

—Sabe Dios lo que dure la visita, porque viene por su majestad.

—¡Cómo! qué decis?

—Digo que viene á sacar de aqui á S. M.

—Eso no puede ser.

—La órden es terminante.

La condesa quedó pensativa.

—¿Y quién trae la órden? preguntó por fin.

—La misma reina.

—¡Oh!

A esta esclamacion siguió un prolongado silencio, que rompió el gobernador.

—¿Qué hago? preguntó.

—Es preciso decir á S. M. la reina de Bélgica, respondió pesando sus palabras la condesa, que S. M. la emperatriz Carlota se encuentra indispuesta, y la suplica se digne dispensarla si no la recibe.

—¿Pero si insiste?

—Me habeis interrumpido fuera de sazon: agregareis que esto no lo ha dicho S. M. ahora mismo, sino que es la órden que tiene dada para todo el dia de hoy de acuerdo con su médico, y que comprende aun al mismo emperador Francisco José su cuñado.

—Pero si insiste?

—No insistirá; en el último caso, decid á la reina que mañana se hará llegar hasta ella la noticia de lo que haya dicho la emperatriz al darle parte de su visita. Ya vereis, agregó, que la órden viniere por conducto estraño, y antes de obedecer es necesario que preguntemos qué valor se le ha de dar. Haced para el efecto, que inmediatamente se pregunte á Viena por telégrafo.

—¿Cargais con la responsabilidad de desobedecer la órden?

—Yo no: lo que hago es descargarme de la responsabilidad de obsequirla cuando me parece bastante singular. Por otra parte, haced lo que querais.

—Bien: ganaremos tiempo.

El apurado gobernador fué á dar noticia á la reina de Bélgica de que no era posible ver á la emperatriz en todo el dia, por haberlo prohibido ella misma y el médico.

No disimuló su impaciencia la reina, pero tuvo que resignarse. Sin embargo, estaba decidida á no abandonar la partida, y cuando el gobernador creyó que iba á regresar, quedó muy sorprendido oyendo esto:

—Señor gobernador, supuesto que hoy no puedo ver á S. M. la emperatriz Carlota, esperaré á mañana; disponed alojamiento en el castillo para mí y para la comitiva.

Imposible alegar nuevos pretestos El gobernador dió sus instrucciones para los alojamientos y se apresuró á dar parte á Viena de todo lo ocurrido pidiendo órdenes.

La noche pasó empero sin que recibiera respuesta, y recordando que el refran "el que calla no dice nada," es mas verdadero que aquel otro; "el que calla otorga," se resolvió á dejarlo todo pendiente ocultándose hasta que la respuesta esperada llegase.

La reina entretanto se proponia todo lo contrario, esto es, apresurar las cosas; así es que desde temprano hizo que buscaran al gobernador y le suplicaran de su parte fuese á conducirla á las habitaciones de la emperatriz.

El enviado volvió á poco rato diciendo que no se encontraba al gobernador y que sus ordenanzas decian que habia salido muy de mañana.

Dos veces se repitió esto en la misma mañana.

La reina se impacientó primero, y despues se desalentó.

—Han abusado de mi buena fé, dijo al baron coronel Goffinet que la acompañaba.

El coronel era hombre de accion, y replicó al punto:

—Si V. M. me autoriza, yo busca é al gobernador y le haré que deje ver á S. M. la emperatriz Carlota.

—Os autorizo, coronel.

Al punto salióse este á indagar, y supo que el gobernador no habia salido; entonces buscó por todo el castillo practicando un verdadero cateo, con tal resolucion, que nadie se atrevia á oponérsele: el llavero le seguia, pero al llegar á una puerta, declaró que no tenia la llave.

—¿Quién la tiene?

—Su señoría el gobernador.

—¿Y qué cuarto es éste? agregó mirando por la cerradura.

—Es un gabinete de estudio.

—¡Ah! esclamó el coronel, que habia visto la llave del gabinete en la cerradura por la parte de dentro, ¿quien está ahí?

—Yo no sé, contestó el llavero; supongo que está vacío el gabinete, porque solo su señoría entra.....

—Pues entonces ahí está su señoría, y su señoría nos va á abrir, dijo el baron, y llamó á la puerta.

—¡Señor gobernador! yo soy el baron coronel Goffinet, os agradeceré que abrais.

Nadie respondió.

—Señor, gobernador, repitió el baron; la llave está pegada por dentro, y solo vos entrais aquí; quiere decir que ahí estais; hacedme favor de oir dos palabras.

Siguió el silencio.

—¡Oh! dijo el baron, esto es grave; su señoría el gobernador está aquí dentro, y si no es él es algun otro que no responde como veis; alguna desgracia ha sucedido tal vez; de otro modo no se esplica este silencio; corred, pues, por unas palancas y salvemos al que esté aquí encerrado, que púede hallarse acidentado.

Dos fueron en busca de las palancas pedidas.

En tanto, el gobernador, pues él era el encerrado que habia cometido la imprudencia de no quitar la llave, consideró que era inútil seguir callando.

—¿Quién está ahí? preguntó desde adentro.

—¡Ah! bien pensé, dijo el baron, que estabais ahí, señor gobernador, y como no respondiais, temerosos de que algo os sucediera, ya nos disponiamos á echar la puerta abajo para salvaros.

—¿Quién es el que habla? volvió á preguntar el gobernador.

—Soy el baron coronel Goffinet, que tengo el honor de acompañar á S. M. la reina de los belgas y os ando buscando de su parte hace una hora.

—Yo veré á S. M.

—Muy bien; pero hacedme favor de abrir, porque he prometido no perderos de vista hasta que tengais la honra de que os lleve á ver á S. M.

El gobernador abrió de mal humor.

—Señor baron, dijo, me veo precisado á recordaros que aquí represento la autoridad de S. M. el emperador.

—Cabalmente, señor gobernador, por eso vengo á buscaros.

—No comprendo....

—La voluntad de S. M. el emperador es la que ayer visteis en la órden que se os presentó; su voluntad es que S. M. la reina vea á S. M. la emperatriz; la voluntad de la reina es que esa órden se obedezca, y yo me he encargado de quitar tropiezos; conque si sois un tropiezo, siento en el alma deciros, señor gobernador, que....

—Espero nuevas órdenes.

—Ya sé que habeis dado parte y que nada os han contestado. Ya sabeis que el que calla otorga, y por lo mismo llevadnos á las habitaciones de la emperatriz.

Despues de un momento de vacilacion, conoció el gobernador que se esponia desobedeciendo una órden terminante presentada por la misma reina de Bélgica.

—Vamos, pues, dijo.

Y condujo á la reina á las habitaciones de la emperatriz.

Hallábase esta leyendo un periódico: todos los dias lo primero que hacia era buscar en los periódicos noticias de México. Soltó el papel dando un suspiro porque nada habia encontrado, y clavó los ojos en la reina que se adelantaba.

—¿Me conoces, Carlota? preguntó esta.

—Sí María; respondió la emperatriz con acento reposado y melancólico.

—¿Quieres venir conmigo á Laeken?

—¡Ah! no puedo; Fernando me ha dicho qoe espere aquí sus instrucciones..... ¿y por qué no me escribe Fernando?

Al punto comprendió la reina que solo valiéndose de un piadoso engaño sacaria de allí á su cuñada.

—Como estás tan enferma, le dijo, no quiere que te fatigues con llevar una correspondencia; pero á mi sé me escribe....

—¿Y qué te dice de mí?

—Quiere que te lleve yo á mi lado.

—¡Ah! sí; me quejo con él de estos traidores que me cercan, y ya los castigará ¿verdad..... ¿pero por qué no te quedas tú mejor aquí? las dos juntas burlaremos las asechanzas....

Despues de breve pausa, respondió la reina:

—Sí, dices bien; pero antes tengo que volver á Bruselas á disponerlo todo para que no se estrañe mi ausencia....

—¡Oh! no te vayas! no me abandones!

—No, no te abandono: lo que haremos es que tú me acompañes á arreglarlo todo, y cuando esté arreglado, regresamos aquí.

—¿Juntas?

—Por supuesto....¿no quieres que vayamos hoy mismo? así regresamos mas pronto.

—¡La patria! mi casa!....sí, vámonos, quiero ver todo lo que era de mi padre y de mi madre y mio....¡qué feliz he sido allí....! no tenia enemigos.... y tú ¿eres buena amiga como antes? esclamó Carlota mirando á su cuñada con fijeza.

—¡Hoy te quiero mas que nunca! respondió la reina besándola en la frente y asomando las lágrimas á sus ojos, porque consideró á Carlota huérfana, viuda, sola y demente.

—Vámonos, vámonos, repitió procurando disimular su emocion.

En breves momentos vistió la emperatriz un sencillo traje de viaje, y apoyada en el brazo de la reina bajó las escaleras.

La servidumbre no entendia lo que pasaba.

El gobernador estaba atónito, y no soltaba de la mano la órden del emperador, como que era su escudo.

La emperatriz iba como una niña, poco menos que indiferente á todo; la reina estaba inquietísima; recelaba que de momento en momento recibiera el gobernador contraórden. Parecia ella mas enferma que su cuñada; tanto era así su desasosiego.

Iban ya á salir, cuando el baron Goffinet dijo algunas palabras á la reina.

—¿Creeis que sea preciso? preguntó esta.

—Aunque no preciso, sí conveniente.

—Hacedlo, pues.

El baron encarándose entonces con el gobernador, le dijo:

—Quiere S. M. la reina que deis todos los presentes un certificado del motivo por que sale de aquí S. M. la emperatriz, y del modo con que lo verifica.

—No es el uso dar certificados de esa clase, respondió el gobernador; sin embargo, como yo me honraré conservando en mi poder un tanto de él, no tengo inconveniente en darlo, pero por duplicado.

Hízose así.

En el certificado se hizo constar que S. M. la emperatriz Carlota salia de Miramar de buen grado y que no se hacia oposicion á su marcha, por haber presentado S. M. la reina de Bélgica una órden de S. M. el emperador de Austria.

No quedaba mas formalidad que llenar.

SS. MM. entraron al carruaje que las esperaba, se dirigieron al embarcadero, y por agua hicieron el viaje.

—Ahora tengo cuatro hijos, decia la reina al instalar á la princesa Carlota á su lado.

Y en efecto cuida de ella con la solicitud de madre.

La emperatriz la quiere tambien como hija.

El noble pueblo belga, que siempre tuvo cariño á la hija de Leopoldo I y á la esposa de Leopoldo II, las prodiga muestras de respeto y adhesion cuando recorren las calles y paseos de Bruselas en carruaje tirado por cuatro caballos. Estos paseos son frecuentes, y puede conocerse por dónde va el carruaje, con solo oir las aclamaciones que á su paso lo saludan.

EL PALACIO DE TERVUEREN.

Salida de Miramar la emperatriz Carlota, se ensayó qué efecto producirian en ella las memorias de su infancia, y se la condujo una temporada al palacio de Tervueren.

Tervueren es un lugar inmediato á Bruselas; dos leguas escasas dista de allí, y solo se atraviesa para llegar de uno á otro un bosque muy bien conservado.

Propiamente es Tervueren una aldehuela deliciosa como paisaje: figúrese una apiñacion de chozas y cabañas, cuidadosamente conservadas, bajas de techo y blancas todas como de nieve. Sus felices habitantes apenas se mueven cada año para asistir á la feria de caballos de Bruselas.

Dominando la aldea se alza por el camino de Lonvain el palacio real, magnífica construccion que fué muy fomentada á principios del siglo por Guillermo I, padre del actual rey de Holanda: Leopoldo I no se pareció á Guillermo, pues dejó el palacio en el mayor abandono: de vez en cuando visitaba sus estensos parques el conde de Flandes, hoy Leopoldo II, y solia organizar cacerías bastante ruidosas. En una crónica belga se encuentran curiosos pormenores de los que no desagradará ver aquí algunos. "Durante sus treinta y cuatro años, dice el cronista [*] el rey Leopoldo que en materia de

[*] Ivan de Waestine.